

ALBERTO GUERRA

**¡MUERA
EL
GENERAL!**

MURALES DE
MIGUEL ALANDIA P.



YANNICK AUBRON

FIESTA Y REVOLUCION

FIESTA Y REVOLUCION

Por YANNICK AUBRON

(Traducido del francés por Marcel)

AUBRON ha logrado una magnífica documental (polifacética y multicolora) sobre los mineros y campesinos bolivianos. Reproducimos las palabras que pretenden explicar las escenas captadas. Ese francés, que es amigo de los bolivianos y admirador ferviente de la tierra altiplánica, está seguro que el minero, amo de las montañas y de las transformaciones sociales, sabrá consumir la revolución, que "será una gran fiesta triunfante".

Nuestro homenaje a un hombre de talento y que, precisamente por eso, se ha aproximado hasta nosotros con tanta humildad y total entrega.

Cada uno tiene su BOLIVIA y yo no sabría decir nada valioso. Finalmente LA PAZ tranquiliza. Hace algunos instantes, en El Alto, vivir aquí parecía imposible. Todo parece contradecir la vida: el espacio, la aridez, el polvo. Los primeros rostros agudizan la angustia provocada por lo extraño, por el paisaje, por la altura. Ellos viven aquí; y yo se ya que, a menos de habituarme —es decir no ver morir y matar, no escuchar gemir— no es posible vivir. Aquí, sobre el Prado, es una BOLIVIA que me parece pequeña burguesa que esconde su miseria detrás de la aceptación de mi mundo.

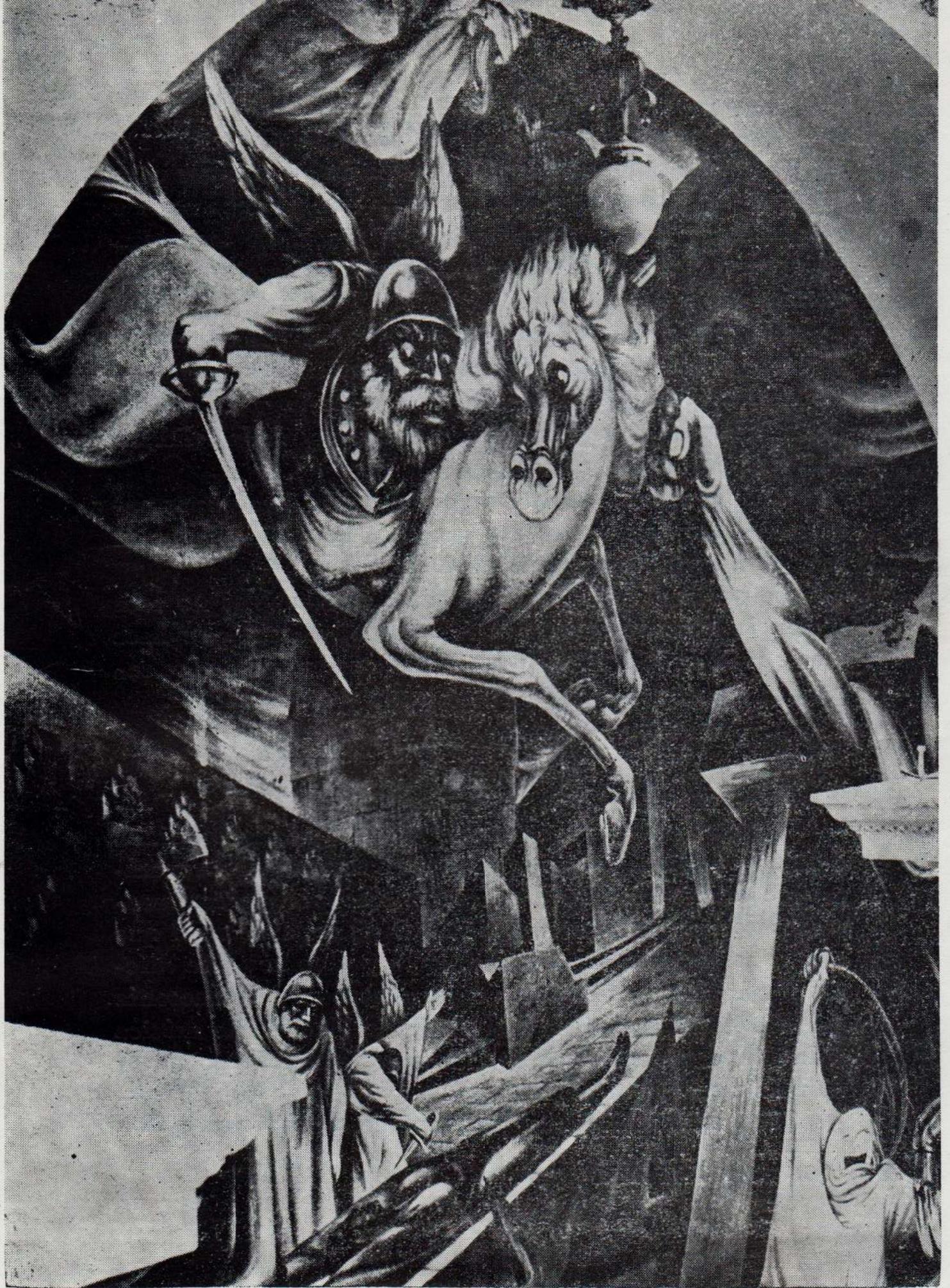
Respetar este silencio forjado por la opresión de cuatro siglos que ha enseñado a los indios, por la violencia, a conformarse a la imagen que se espera de ellos.

Yo rescato imágenes de las que la vida está ausente:
sobre estas imágenes pongo palabras, mis palabras que
siembran la muerte por todo lo que ellas ya han traicio-
nado: la verdad y la justicia, el amor y la vida.

* * * *

César LORA, Isaac CAMACHO,
mineros asesinados.
Siglo Veinte, Uncía, Catavi,
nombres manchados por la sangre de todos los masacrados.
Minas de Bolivia, yo no se más lo que sois,
¿minas de estaño o mina de sangre?
LORA, CAMACHO y todas las víctimas anónimas.
Masacre de Catavi, masacre de Uncía, masacre de San José.
masacre de la noche de San Juan, masacre de Mayo,
masacre de Septiembre.
Masacres...
Ya no se sabe cómo nombraros.
Mineros de Bolivia, siento vergüenza de hablar de vosotros.
¿Quién puede creer que no se os deje más elección que dos
maneras de morir?
La mina, el frío, el polvo,
la tuberculosis, la silicosis, el hambre
no os mataban demasiado pronto;
treinta y ocho años, es demasiado.
Se ha puesto un soldado o un gendarme para tres mineros.
Metralleta contra la dinamita.

Las palabras no sirven más; sería necesario compren-
der los gestos, esta manera atenta, casi acurrucada de pre-
parar la pizca de coca. Decir también la intimidad con la
galería de la mina, la connivencia de la mano con la pie-



dra que recela un poco de este "metal del diablo" (1), escuchar el pesado silencio de la salida de los mineros para conocer el gusto de la vida. Un gusto que no debe nada a las palabras que embellecen, ni al precio de las cosas. El opresor ha robado las palabras y las cosas no tienen precio.

No queda sino el gusto del polvo, el del explosivo, el gusto del lodo. Es preciso callar largo tiempo para sentir detrás el sabor de muerte que tiene la vida, detrás del miedo y de la resignación, del coraje y de la solidaridad que permiten la lucha.

Y si he aprendido de nuevo el sentido de algunas palabras (sufrimiento, muerte, pasión), he debido darle un sentido nuevo a la palabra vivir.

La violencia de los mineros es condenable, no esta violencia blanca, caritativa, silenciosa, eficaz, que hace morir más de la mitad de los niños en nombre de los sagrados principios de la libre empresa y del beneficio.

* * * *

Beber, mascar coca, danzar, dormir.

Y para perforar la noche de la mina y la inmovilidad del tiempo no queda sino la fiesta y la revuelta. La revuelta que estalla no para la victoria sino porque este momento permite alcanzar la dignidad, el instante en el que uno se asegura de que entre muerto y vivo hay una diferencia. La fiesta es el único reencuentro en la monotonía del Altiplano, el día en que, ebrio de alcohol, de música y de danza, es posible creer todavía que la revolución será una gran fiesta triunfante.

Incansablemente la música retoma el mismo aire. Con

(1) En español en el original (traductor).

resignación y método, hombres y mujeres se embriagan. Ebrios, continúan la danza.

Los "gringos" no ven allí sino un problema moral y ciertos misioneros hacen de la abstinencia condición para la admisión a sus iglesias.

Sin embargo, se trata de un otro orden del mundo donde el alcohol y la droga, la música y la danza permiten dominar la naturaleza y adivinar la historia.

La fiesta, como la revuelta, permite un acontecimiento breve, rápido como una mirada, donde el oprimido afirma que todo podría ser diferente puesto que va a matar o va a morir.

* * * *

Los sociólogos dicen que son marginales.

Al margen de la cultura: se les ha desposeído de la suya y tres cuartas partes son analfabetos. Y los que saben leer y escribir lo saben en una lengua extranjera, que, metódicamente, científicamente, los destruye sometiéndolos al solo imperativo que conocen las lenguas extranjeras: producir.

Esta noche, al retornar entre los suyos, cambiarán de lengua. Encontrarán parientes cuya cultura está hecha de experiencia y de gestos; de silencios y de actitudes ante la vida, el trabajo, el sol. Integrarlos significa obligarles a abandonar su verdad para no reconocer por verdadero sino el éxito y por veraz al que gana.

Al margen de la vida económica y de las técnicas: ellos no sirven de nada, no consumen ni siquiera las donaciones generosas de los pueblos que producen demasiado. Ellos no producen bastante para gozar de este vínculo de amor entre los hombres: el dinero.

Al margen de la vida política: se toman por ellos decisiones que les conciernen; se ha repartido las tierras explotadas hasta entonces en común, para dejar intactos los latifundios.

Al margen: todos los burgueses, los criollos, los curas hablan en su nombre, cada uno proponiendo su modelo, ignorando lo que ellos saben: "antes nadie sabía el significado de la palabra hambre".

Al margen. Pero, ¿quién lo está? ¿Los 500.000 criollos o los 3.500.000 marginales?

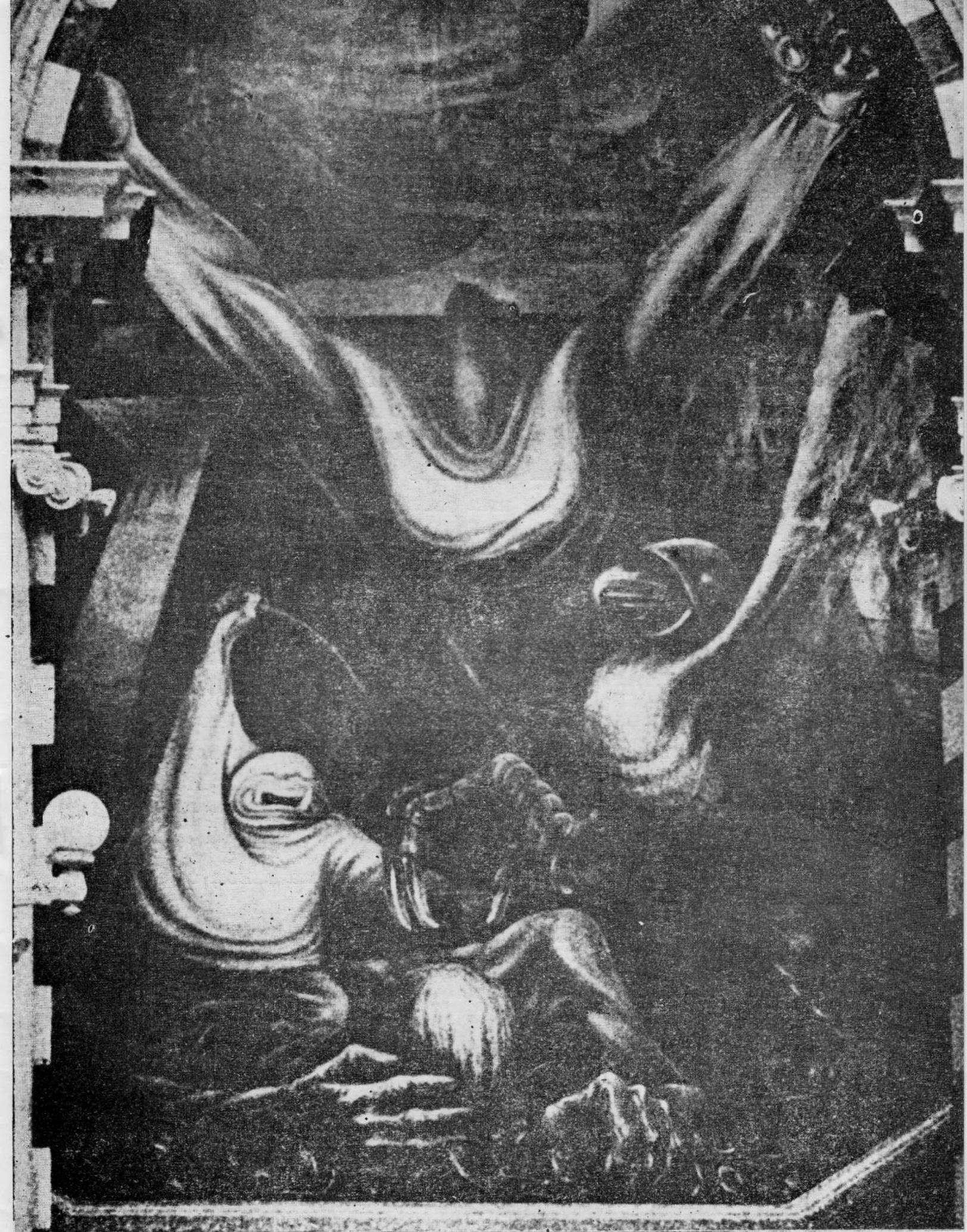
Las soluciones que se proponen están, sin discusión, a la altura del problema y yo me conformo sabiendo que Coca Cola gasta el diezmo para una cruzada cualquiera.

* * * *

Lo que da a los hombres la fuerza de vivir, una cierta semejanza con sus montañas, la alegría fría de su sol, va a desaparecer.

Cuando los conquistadores han matado una cultura, se compran una buena conciencia abriendo museos y desarrollando el turismo por medio de viajes organizados para cambiar la protesta social en folklore: la mofa del ridículo del conquistador, la parodia de su corrida de toros han desaparecido. Las miradas de los turistas, los del país como los extranjeros, han destruido todo: lo que era dominación de la vida se ha transformado en espectáculo.

El cristianismo ha llegado al mismo tiempo que los conquistadores. Los vencidos han sufrido la ideología del vencedor de entonces como ahora sufren la del vencedor de hoy día. Todas las misiones han dejado, como huellas tangibles, los valores culturales que trajinaban en detrimento de su verdad. La verdad del servidor sufriente ha



sido transformada en medio de opresión por las potencias institucionales que la anuncian. Allá, delante de sus fiestas, los misioneros quedan confundidos. El católico recoge lo que otros han sembrado y no quiere la cosecha. El protestante, de lo alto de su espíritu de economía, emite un juicio moral. Se trata de otra cosa, de una relación diferente con la naturaleza, de otra noción del hombre.

Es preciso poner una marca en el proceso de descomposición: una muerte que no sería ni trágica, ni graciosa, sino indiferente, fin de un camino que el tiempo no ha diferenciado. La fiesta es la que introduce, en la uniformidad de los días, en el azul constante del cielo, un poco de tragedia y la necesidad de una salvación.

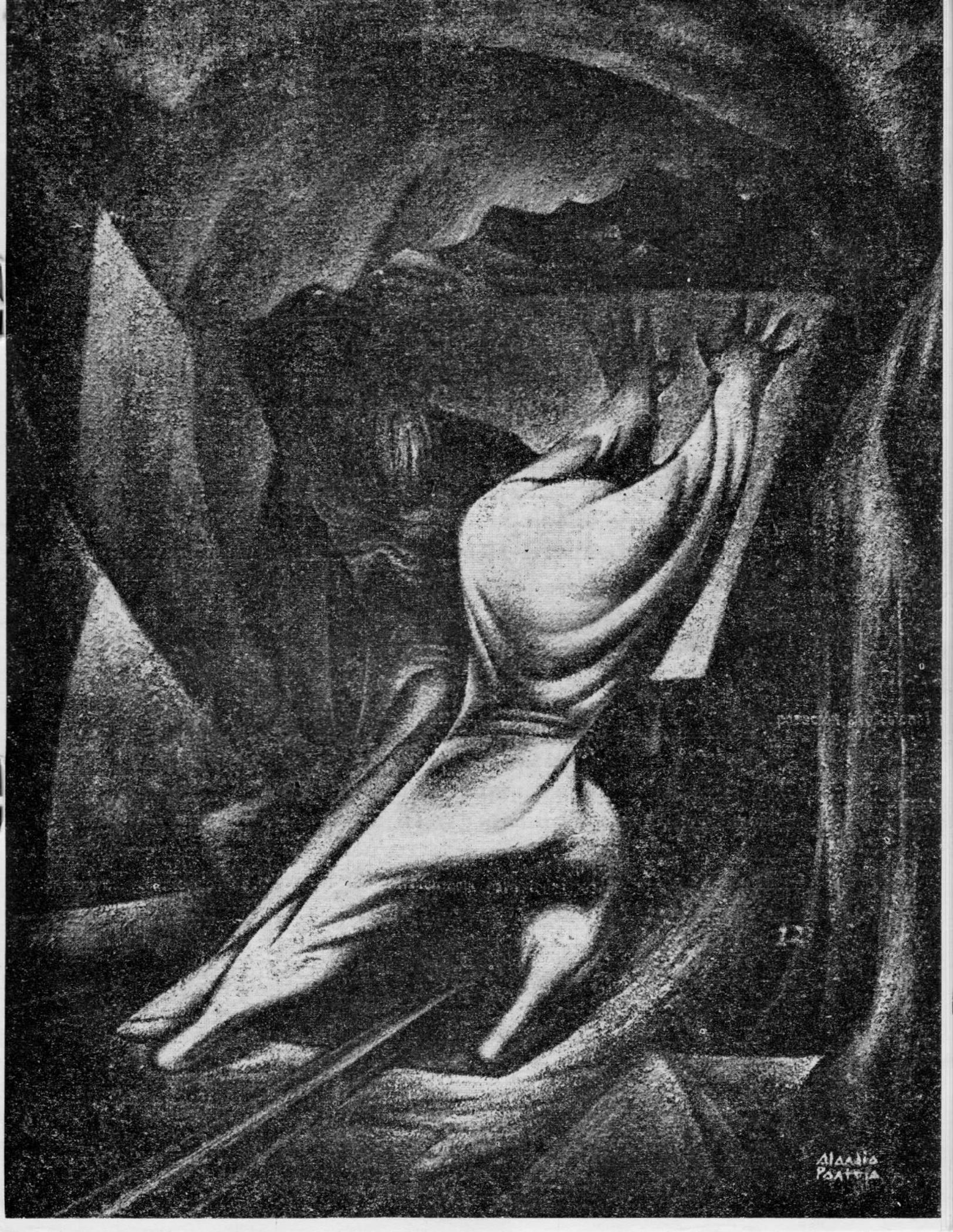
Para mayor seguridad y luego también porque el cristianismo testimonia más sobre el pecado que sobre la gracia, se ofrecerá, después de las procesiones, un sacrificio a la Pacha Mama, la diosa tierra.

Ellos están ahí, ebrios de alcohol y de danza, como si fuese la última vez, como si después hubieran de morir.

Vivir, imaginar su vida, medir su edad, encontrar allá, en el derroche, en la locura, una razón, una razón para trabajar, para introducir un orden humano en el desorden de las montañas, soportar la humillación, poner una voluntad de hombre contra el destino impuesto por el dios, vivir ocho días por año para tener una razón que, en fin, ellos se dan de continuar viviendo.

* * * *

¿Pero, tenemos aún la elección? ¿Podemos salvaguardar diferentes tipos de hombres o bien como Europa uniforma la manera de vestirse, la civilización va a impo-



Alcibiade
POMPEII

ner un solo tipo de hombre: un consumidor? Es decir, alguien a quien van a crear necesidades rentables antes de satisfacer sus necesidades.

Nada de trueque, es preciso el dinero.

Ellos entran en el circuito económico comprando un transistor que difundirá solamente dos horas de programa en la lengua que comprenden.

Para llegar allí han caminado 25 Kms. o han hecho 4 o 5 horas de camión. Bruscamente, del islamismo del Altiplano, pasan al mercado donde adquieren la chamarra americana y los amuletos, la foto del Presidente y las hojas de coca.

Ahora, es necesario comprar; es necesario comprar un toca discos a pilas para una casa sin fuego, un *pop corn* o un juguete teleguiado.

Al mismo tiempo el mercado aporta los valores del fabricante, impone la ostentación de la riqueza, quiebra las antiguas relaciones sin crear nuevas estructuras.

No hay elección: no resta sino comprar o morir.

* * * *

La mina se ofrece a la mirada, se cree ver todo. Y este polvo de muerte, estas piedras de tumba disimulan la vida. Una vida telúrica que transcurre en una comunión secreta entre el hombre y su montaña. Repentinamente ella explota en la fiesta: revuelta y sumisión. La montaña está ahí, aplastante, no por su masa o su altura, sino por la fuerza secreta que la ha levantado y la mantiene de pie. La planicie está ahí, uniendo en su atmósfera sin humedad el espacio y el tiempo, límites vividos de toda existencia.

Este campamento deja ver su miseria, exhibe su sor-

didez y oculta su fuerza, este coraje indomable que acepta el viento, endurece el frío, afronta al TIO (2) (dios o diablo) pero rehusa la sumisión al hombre. El minero está allá, ni trágico ni desesperado, simplemente humilde ante la naturaleza y orgulloso, de un orgullo que quiere elegir su muerte ante todos los hombres.

Estas gentes, palliris, contratistas, esclavos contemporáneos, no ganan lo suficiente para vivir. Esto es lo extraordinario de Bolivia; no creemos que la vida sea posible y, sin embargo, ellos viven.

* * * *

No creemos que, del fondo de su miseria, la revolución sea posible, y, sin embargo, la fiesta estalla.

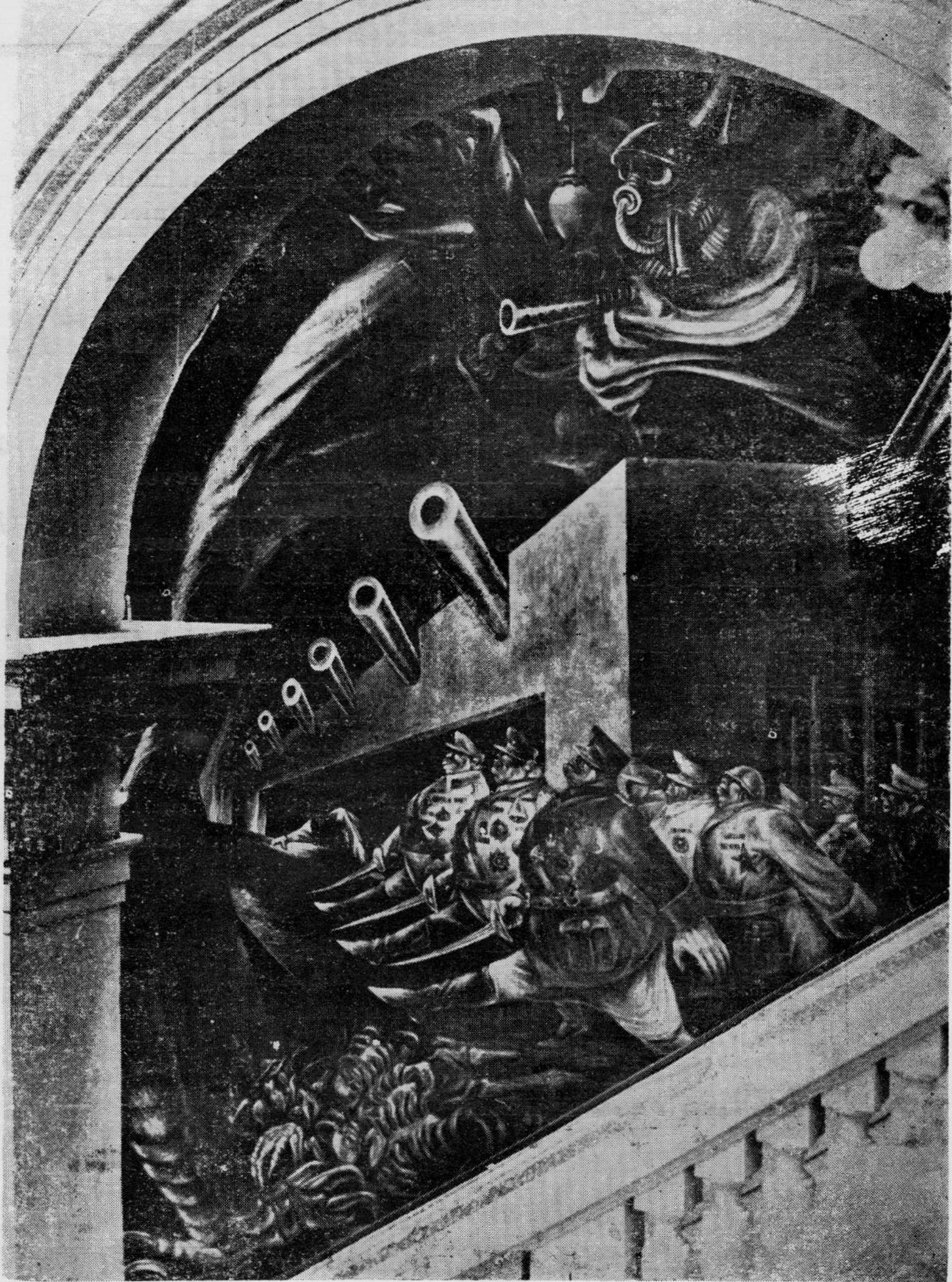
La fiesta estrecha los vínculos, crea otros nuevos testimonios de la voluntad de vivir. La fiesta somete tanto a la tradición como manifiesta su rechazo a la opresión.

Nuevamente, para el opresor se trata de conquistar la fiesta, de volcarla en dirección suya por medio de nuevos modelos y por razones nuevas. Imponer, por la violencia del prestigio, por el monopolio de las palabras, imágenes adornadas del poder del éxito; constreñir a la imitación cultural en nombre de la potencia económica.

La fiesta sin defensa acepta estos nuevos vencedores. Piensa poder desnaturalizarlos como antes a las exigencias de los sacerdotes.

Pero la fiesta se engaña; los conquistadores de hoy día quieren algo diferente a una adhesión formal y tienen otros medios. Quieren imponer al mundo la libertad y constituirse en sus guardianes.

(2) En español en el original (traductor).



Ya no hay lugar para los indios, portadores de las insignias del comando; ya no hay lugar sino el de la protesta y el de los museos para todo lo que no es del conquistador; no hay lugar para la fiesta. Entonces la fiesta se revela. Es posible robar todo: la tierra, el mineral, las montañas, el petróleo; se pueden imponer otros dioses, se puede vender otra fe. Se puede oprimir, gobernar, menospreciar; no es posible desposeer a un pueblo de sí mismo, a menos de destruirlo.

¿Quién les devolverá las palabras que se les ha arrebatado?

Ellos hablarán inventando un lenguaje cuya violencia sorprende. De gozosa la fiesta devendrá mortal. Pero permanecerá bella. Mineros y campesinos hablarán de ellos y por ellos. Nadie hablará más en su nombre diciendo el mal de su violencia y el bien que les conviene.

Lentamente, al ritmo de los sufrimientos, la fiesta se encamina hacia la revolución.

Bolivia es un enigma y un desafío que permite medir la vanalidad de las proclamas burguesas de la revolución y la ineficacia de los votos de las iglesias.

Los mineros lo han dicho ya hace tiempo. Es preciso traducir sus proclamas y sus votos en gruesas monedas y dividir las por el precio de un fusil.

O bien, entonces, es necesario callar y dejarles morir, rogando al Dios del mundo rico que les enseñe a morir sin hacer ruido.

He hablado y no he dicho nada valioso; nada de esta verdad que haría que estas miradas cargadas de esperanza me impidan encontrar coartadas en mi cobardía.

¡MUERA

EL GENERAL!

Por ALBERTO GUERRA G.

LA LUCHA

*¿Por qué se anunciaría
ese triste amanecer . . . ?
Luchamos tanto tiempo
por la libertad,
vinieron los soldados
y nos arrebataron
fusil y revolución.*

*Sembrando la muerte
en octubre yo los ví;
casco americanos
con Escudo Nacional;
botas de los soldados
con olor a roña
de cuartel
y un fusil calibrado
en octubre yo los ví.
Uno cayó muy cerca,
gorra con escudo
y chamarra militar;
no sabía por qué luchaba
y se murió de pena
en el hospital.*



César Lora

EL PRISIONERO

“Sindicato Machacamarca.
Devolver en el día y con
vida al soldado Melitón Al-
berto, caso contrario to-
maremos esa plaza.
Gral. Rogelio Miranda”.



Isaac Camacho

*¿Por qué se anunciaría
ese triste amanecer . . . ?*

*Descalzo y con metralla,
Melitón Alberto debía matar
por orden del capitán.*

*Descalzo y prisionero
Melitón Alberto,
comió entre los mineros
mejor que en cuartel.*

*Melitón Alberto
es nuestro hermano:
no quiso matar
porque ha dejado
en Corocoro, a su padre,
que es minero combatiente
de la libertad.*

*... Con zapatos y asustado,
Melitón Alberto
ha vuelto ante el capitán
a confesar su culpa
de no haber matado
a los mineros
de la revolución.*

*Melitón Alberto,
hermano nuestro.
Lo que pasó después
sólo saben los soldados.*

LA DICTADURA

*¿Por qué se anunciaría
ese triste amanecer . . . ?*

*Muy temprano en noviembre,
se abrieron los cuarteles
y nos quitaron los fusiles
de la revolución.*

*Después vino mayo:
sangre en el asfalto
sangre sobre la arena;
hambre en los salarios,
sangre de los mineros
sobre el mineral.*

*¡Viva el triunfo
del General!*

Pero yo pregunto:

*¿dónde está Camacho?
¿quién mató a César Lora?
y su sangre me responde:*

*¡Muera el General!
(El General ya ha muerto,
pero es muy poca sangre
esa pequeña muerte
para pagar tanto mal).*

*Cuando yo pregunto
quién mató al "Che"*

*Guevara,
esa sangre me responde:
¡Muera el General!*

*(El General ya ha muerto,
pero es muy poca sangre
esa pequeña muerte
para pagar tanto mal).*

*Y ahora que yo pregunto:
¿quién sembró la muerte
la noche de San Juan?
esa sangre y el grito
combatiente me responden:*

*¡Muera el General!
¡Muera el General!
¡Muera el General!*

*(El General ya ha muerto,
pero es muy poca sangre
esa pequeña muerte,
para pagar tanto mal . . . !)*

Oruro, Bolivia, 1970.



"TESTIMONIO"

**Homenaje de M. Alandia
a César Lora**

PARTIDO OBRERO REVOLUCIONARIO / Ediciones "Masas"

"TESTIMONIO"

Homenaje de M. Alarcón

a César Lora